
Visión de Oro

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7923

Título: Visión de Oro
Autor: Javier de Viana
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 8 de enero de 2023
Fecha de modificación: 8 de enero de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Visión de Oro

Al llegar al límite del campo, antes de pasar la última portada, don Patricio desmontó y púsose a contemplar dolorosamente la comarca.

La masa rugosa del cerro Calvo aparecía al frente; a sus plantas, junto a un regato, un gran molle alzaba su cabellera azulada; más arriba, en la faz lampiña de la gran mole granítica y luego en los picos sucesivos, y en las ramazones de las «talas» y de las «espinas de cruz», y de los «sombra de toro», y más lejos todavía, en las suaves curvas de las lomas y en la tranquila superficie de la «laguna gaucha», engegecía el mismo resplandor azul, como si en todas partes se reflejase el inmenso toldo azul caldeado por el sol de Enero.

¡Todo azul!... Una lluvia suave y alegre de luz azul, que era como un regocijo, como una promesa de infalibles recompensas para los que aman, creen y esperan, varones fuertes frente a la tierra pródiga. Y luego vendría el sol de la tarde, y todo resplandecería con el baño de orgullo glorioso; hebras de oro en las flechillas de las colinas; oro macizo en las asperezas rocosas; oro líquido en las lagunas; arborescencias de oro, flores de oro, reflejos dorados hasta en los lomos del laborioso caballo, hasta en la frente del buey venerable, hasta en los flancos inflados de la res fecunda. ¡Todo oro!... El oro regio, el oro coronario, el oro cobrizo, el placer del cuerpo y el deleite del alma, el triunfo, el fruto del árbol de la vida, el fruto conquistado con rudos afanes, el fruto ganado brava y noblemente!...

Insaciable en su contemplación, los labios entreabiertos, los brazos apoyados sobre el recado, nublado el rostro por una

mortal tristeza, el viejo paisano esperaba la presentación del maravilloso espectáculo.

Lentamente iba descendiendo el sol y a medida que bajaba, las tintas azules cedían el puesto al esmalte dorado.

En lo más alto, los cerros se vestían con túnicas de oro vivo, de oro tibar, mientras en los bajíos el vello fino de las hierbas estremecido con el suave rozar de la brisa vespertina, semejava un oleaje cobrizo. Y los trozos de arroyo, columbrados desde la altura, producían la ilusión de gigantescos crisoles llenos de metal precioso en fusión. El pelaje de los vacunos tenía reflejos áureos mientras el vellón de las ovejas diseminadas en el llano atraía con su color suave y pálido del oro viejo...

Pero donde el triunfo se imponía completo, tumultuoso, avasallador, era allá lejos, en el occidente incendiado, donde el divino metal corría a chorros, llenando las hondonadas, alfombrando los esteros, revistiendo los bosques y subiendo hacia el cielo en grandes penachos ígneos...

¡Todo oro!

Y el pobre viejo sentíase atraído, fascinado por aquellas riquezas feéricas que se alzaban a su vista como para magnificar la última visión de aquel suelo amado, de aquel campo que fué suyo y fué de sus padres y de sus abuelos y de sus bisabuelos...

¡Oro! ¡oro!... ¡Singular ironía!... El campo producía oro por todas partes y aquella cosecha fabulosa él la había dejado perder, la había olvidado, aniquilándose en perpetua oración a sus muertos. El dolor hízole indiferente a cuanto no fuese el culto de los seres queridos —la esposa y los hijos— que partieron prematuramente, dejándolo solo y pequeñito en la inmensidad del mundo...

Cuando despertó del prolongado sueño era un extraño en la heredad ancestral... ¿Era posible aquello?... ¿Se concebía que

la «Estancia del Arbolito» hubiese salido de manos de los Mendieta?... Y la marca «flecha», aquella marca conocida en cien leguas a la redonda, aquella marca que había quemado miles y miles de ancas de novillo, cientos y cientos de muslos de potros ¿no volvería a enrojecerse en el fuego alegre de las hierras? ¡Oh!... ¡La marca «flecha», el viejo blasón de los Mendieta, herrumbrada, abandonada como un trasto vil!...

Era posible, sí; era posible. Y el viejo patricio, montado sobre su viejo tordillo «sobrepaso», seguido de su viejo perro barcino, se iba, por ahí, por el mundo, sin rumbo, sin objeto, a morir en cualquier parte. Se iba dejando el campo, la tierra de los abuelos en ajenas manos y en el pelecheo de la siguiente primavera, otra marca, que no sería la marca «flecha» luciría sobre las ancas de los novillos...

Las lágrimas anegaron los ojos del viejo paisano, que volvió a montar a caballo, y al tranco, sin volver la cabeza, pasó la última portera y se alejó seguido de su perro barcino, mustio y triste como él.

Y en tanto, como el sol bajaba, la sierra, el llano, los árboles, los arroyos, las haciendas, todo parecía de oro; una fabulosa naturaleza de oro coronario, de oro cobrizo, de oro tibar, suave en las líneas y suave en los reflejos.

Bajo el cielo sereno, en la adorable quietud de la atmósfera perfumada con la hierba de lagarto de las peñas y los trebolares en flor de los bajíos, toda aquella pompa regia parecía el triunfo silencioso de la vida.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.